

gran mérito. Si eres religioso, estudia bien los deberes de tu estado, y sé exactísimo en la observancia de las mas menudas reglas. Es loable un zelo ardiente: no hay duda que el rigor de la penitencia tiene grandes utilidades en órden á la perfeccion; pero si por hacer muchas cosas á que no hay obligacion, se dejan de hacer las que Dios manda; si con un zelo tan ardiente, tan vivo y tan laborioso se quebranta habitualmente la observancia regular; si exhortando con tanta elocuencia á los demás á que sean fervorosos, puntuales y mortificados, eres tú tibio, menos rendido, poco exacto y nada humilde; ¿no te reprenderá nada tu conciencia? Pues trata desde luego de atajar estos remordimientos. Es tan importante este consejo, que no dudo le pondrás en práctica. Consulta con un prudente y zeloso director lo que debes reformar en este punto.

DIA XXI.

MARTIROLOGIO.

SAN ANSELMO, obispo, en Cantorbery en Inglaterra, esclarecido en santidad y doctrina. (*Véase su vida hoy.*)

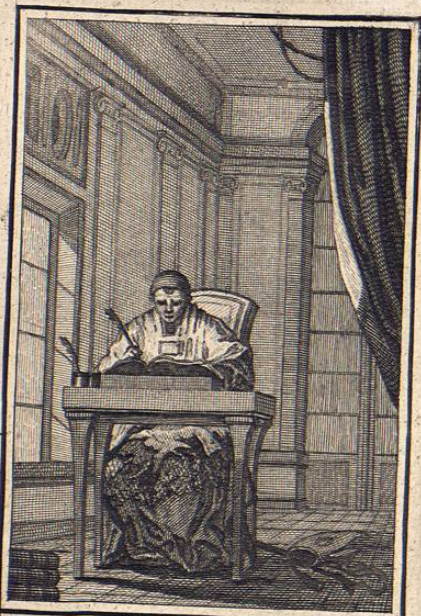
El **GLORIOSO TRÁNSITO DE SAN SIMEON**, obispo de Seleucia y Ctesifon, en Persia, el cual por órden de Sapor, rey de los Persas, siendo preso y cargado de cadenas y presentado delante de los inicuos tribunales, como no quisiese adorar al sol, y con libertad y gran constancia diese testimonio de Jesucristo, primero fué atormentado por largo tiempo en una estrecha prision con otros ciento (compañeros), de los cuales unos eran obispos, otros presbíteros, y otros clérigos de diferentes órdenes; luego despues como Usthazanes padre nutricio del rey, el cual habiendo antes flaqueado en la fe, por exhortacion de S. Simeon reducido á la penitencia hubiese padecido con grande esfuerzo el martirio; al dia siguiente que era el viernes santo, todos aquellos ciento (compañeros) en presencia de Simeon, quien á cada uno de ellos en particular exhortaba valerosamente al martirio, fueron degollados; y por último degollaron tambien al mismo S. Simeon. Con él padecieron tambien los esclarecidos varones **ABDECALA Y ANANIAS**, presbíteros suyos. A **PUSICIO**, superintendente de los arquitectos del rey, por haber animado á Ananias que titubeaba, le rompieron el cuello por junto al gazonate, y sacándole por allí la lengua, padeció una cruel muerte; despues martirizaron tambien á una hija suya, virgen consagrada á Dios.

LOS SANTOS MÁRTIRES ARATOR, presbítero, **FORTUNATO**, **FELIX**, **SILVIO Y VIDAL**, en Alejandria, los cuales murieron en la cárcel.

LOS SANTOS APOLO, **ISACIO Y CROTATES**, en Alejandria, martirizados en tiempo de Diocleciano.

SAN ANASTASIO, obispo de Sina, en Antioquia.

SAN ANSELMO, ARZOBISPO DE CANTUARIA, Ó CANTORBERY,
EN INGLATERRA.



S. ANSELMO ARZ.

FUE S. Anselmo uno de los mas ilustres y mas santos prelados de su siglo, y nació en Aosto, ciudad del Piamonte, el año de 1033. Era hijo del conde Gondulfo y de Ermerberga, uno y otro de las mas nobles familias de la Lombardia y del Piamonte; y como reinaban en su casa el esplendor y la abundancia, fué criado Anselmo con delicadeza y cuidado. Ermerberga, su madre, señora mas distinguida aun por su piedad, que por su nobleza, conociendo las inclinaciones y máximas de Gondulfo, mas ajustadas á los dictámenes del mundo que á los de la religion, se encargó ella sola de la educacion de su hijo. A pocos dias pudo darse el parabien de su determinacion. No hubo niño mas dócil; y si la brillantez y la vivacidad de su ingenio casi desde la cuna fueron asunto de la admiracion de cuantos le trataban, su candor y su bello natural le conquistaron los corazones de todos. Correspondió á los progresos que cada dia iba haciendo en la virtud el que hizo en el estudio de las letras humanas. Desde luego se le descubrió una devocion tan tierna á la santísima Virgen, que nadie dudó seria con el tiempo uno de los siervos mas amados y mas favorecidos de esta Señora.

Como las lecciones y los ejemplos de su virtuosa madre solo inspiraban al niño Anselmo un santo amor á la virtud y un deseo encendido de su salvacion, se disgustó presto de las grandezas y de los oropeles del mundo. Siendo de edad de quince años se determinó á abrazar el estado religioso; mas por no desazonar á su familia, no le quisieron recibir. Entristeciése tanto con esta repulsa, que le costó una enfermedad; pero no le duró mucho el fervor.

Entibióse en él luego que recobró la salud, y no contribuyó poco para apagarle del todo la muerte de la condesa su madre. El poco caso que el conde hacia de él, su vida no muy cristiana, y su poca inclinacion á la virtud, dejaron al jóven Anselmo tanta libertad, que presto pasó á ser disolución; aunque no duró en ella mucho tiempo, porque se sirvió Dios de la misma aversion que el padre concibió contra él, para traerle hácia sí. No hubo sumision ni rendimiento que Anselmo no practicara para desenojar á su padre irritado, de quien habia sido el idolo hasta entonces; pero de nada sirvió sino de enconar mas aquel corazon irreconciliablemente enfurecido. No quiso Gondulfo ver mas á su hijo; y Anselmo tomó la resolucion de ausentarse, pa-

reciéndole que esto podría contribuir á templar el enojo de su padre : y retirándose á Francia, estuvo allí tres años, sin saber qué rumbo seguir, ni á qué determinarse.

Esta misma indecision despertó en él su antiguo amor á los libros; y llegando á su noticia la fama de Lanfranco, que tambien habia pasado á Francia desde Lombardia, resolvió pasar á la abadía de Bec en Normandía, donde se hallaba prior aquel insigne hombre. En la escuela de tan hábil como santo maestro aprendió la filosofía y la teología, en cuyas facultades hizo tan ventajosos progresos que ellos mismos encendieron mas su ardiente pasion por el estudio. Considerando un dia la penosa vida que traía solo por hacerse sabio, se avergonzó de lo poco que trabajaba para hacerse santo; y esta reflexion volvió á encender en él los antiguos deseos de abrazar el estado religioso. Abrazóle finalmente, siendo de veinte y siete años, en la misma abadía de Bec, recibiendo el hábito de manos de Heluino, que era su abad, y habia sido su fundador. Fueron tan extraordinarios y tan prontos los progresos que hizo en la perfeccion religiosa, que habiendo sido electo abad de S. Estéban de Caen el célebre Lanfranco, tres años despues de su noviciado, fué Anselmo sucesor suyo en el priorato de Bec.

No obstante la virtud de los monges mas antiguos de aquella abadía, no pudieron disimular el resentimentillo que esta preferencia les causaba; pero á poco tiempo supo Anselmo calmar los ánimos, y ganar los corazones con su dulzura, con su humildad y con su invencible paciencia. Parecia que solo le habian hecho superior para ser mas oficioso, y para prevenir hasta las mas menudas necesidades de los monges. Su caridad no tenia límites; pero menos parece que tenia su mortificación. Ayunaba todos los dias, y maceraba su cuerpo sin piedad. El estudio y la oracion le ocupaban casi todo el tiempo que le dejaban libre las obligaciones del oficio. No contento con orar, enseñaba á otros á tener oracion. Todo cuanto se veía en él era instruccion y enseñanza: el aire, la modestia, las conversaciones, hasta el mismo silencio todo inspiraba amor á la virtud. Con estas mudas lecciones del jóven prior refloreció presto la observancia y disciplina regular en el monasterio; y á vista de sus ejemplos se volvió á encender en él el primitivo fervor.

Pero lo que sobre todo hizo célebre en toda Europa la abadía de Bec, fué la aplicacion y la gracia que tenia Anselmo para criar la juventud. Su modo grato, dulce, cortesano, con una prudente indulgencia, acompañada de una oficiosa y suave seriedad, yendo en todo adelante con el ejemplo, eran los efica-

cisimos medios de que se valia para allanar todas las dificultades. Escribiéndole un abad demasiadamente rígido, y quejándose de la poca docilidad de sus súbditos, el Santo le respondió en estos términos: «¿Cómo quieres que reine en tu casa la paz y la observancia, si no aciertas á alimentar á tus hijos mas que con hiel y amargura?» A otro monge jóven le decia en cierta ocasion: «¿Quieres ser feliz en la vida religiosa? pues olvídate del mundo, y alégrate mucho de que el mundo se olvide de tí.» «El mayor tirano del monge, añadió en otra ocasion, es la propia voluntad; porque solo sirve para turbar su quietud, y para hacerle padecer cada dia nuevos tormentos. El claustro es el verdadero paraíso terrenal para aquel que puede decir: No vivo yo, sino Cristo en mí.»

No hubo en su tiempo hombre mas estimado, ni que mas mereciese serlo. Concurrían de todas partes sugetos de la primera calidad á ponerse debajo de su gobierno; y su virtud no solo eminente, sino apacible, cortesana, urbanísima, y aun culta, por decirlo así, convirtió la abadía de Bec en un seminario de santos.

Ya no permitía á Heluino su avanzada edad atender á los negocios del monasterio; y así encargó todo el peso del gobierno á la prudencia de su santo prior. Pero ni esta multitud de ocupaciones le sirvieron de estorbo para no enriquecer al público con escelentes obras, cuales fueron los libros *de la verdad de la existencia de Dios, de su esencia y atributos, de la caída de los ángeles, y el libre albedrío*. Así sus cartas como los tratados sobre la oracion están llenos de una doctrina tan espiritual, y de una mocion tan esquisita, que muestran bien no haber sido nuestro Santo menos eminente en los sublimes secretos de la teología mística, que en los puntos mas profundos de la teología escolástica.

Muerto el venerable abad Heluino, tuvieron poco que deliberar los monges en la eleccion del sucesor. En vano fué la suma tenacidad con que se resistió Anselmo; pues se vió precisado á rendirse á una eleccion que fué aplaudida de todos. Pero la nueva dignidad solo sirvió para que brillase desde mas alto su virtud, creciendo su fervor al paso de los años. Tan humilde, tan mortificado y tan exacto en todo era cuando abad, como habia sido cuando novicio. No se observó la menor alteracion en su dulzura, en su modestia y en su apacibilidad, de manera que solo se conocía que era superior en que iba delante de todos á los ejercicios mas humildes y mas penosos de la observancia regular.

Obligado á pasar á Inglaterra por algunos negocios de la abadía, creció con su presencia el elevado concepto que ya se tenía en aquel reino de su mérito y de su virtud. Todos los grandes, y hasta el mismo rey Guillelmo I, llamado el Conquistador, le veneraban como á santo, y le oían como á oráculo. No le veneró menos que su padre el rey Guillelmo II; pero se aprovechó poco de sus consejos. Había cinco años que estaba vacante la silla de Cantorbery por muerte del célebre Lanfranco; y dejando el rey aquello que juzgaba ser bastante para mantenerse los monjes y los clérigos, había incorporado en su dominio todas las demás rentas de dicha iglesia. Hízose sordo aquel monarca así á las amenazas del pontífice como á las justas quejas y representaciones de los buenos, sin dar oídos mas que á su pasión, hasta que la pesada mano del Señor se agravó sobre él, enviándole una peligrosa enfermedad. Estremecióle el miedo del tremendo juicio de Dios, y le pareció que el mejor medio de reparar los males que había hecho á la Iglesia era nombrar á Anselmo por arzobispo de Cantorbery. No pudo ser mas aplaudida la elección del rey; pero tampoco pudo ser mayor la resistencia de Anselmo. Llévaronle como arrastrando hasta el cuarto del rey, proclamáronle arzobispo; pero ni las lágrimas de todo el clero, ni los ruegos de los prelados, ni las órdenes del rey pudieron doblar su constancia y aun su tenacidad en la renuncia, hasta que finalmente le obligaron á aceptar por obediencia; pero las copiosas lágrimas que derramó mientras duró la función de su consagración, que se celebró el día 5 de diciembre del año 1093, acreditaron bien lo mucho que le costaba aquel violento sacrificio.

Apenas recobró el rey la salud, cuando se arrepintió de su elección. Hízole el nuevo arzobispo representaciones llenas de respeto, mas ni aun así fueron de su agrado. La religiosa constancia del prelado en reconocer á Urbano II por legítimo pontífice; su valor en defender los bienes de los pobres y los derechos de la Iglesia, y su blando, pero generoso tesson en corregir los abusos y en reformar las costumbres, enconaron contra él el corazón de aquel príncipe. Pasó nuestro Santo á verse con el rey, y no perdonó á medio alguno para conciliarse su benevolencia; pero desde luego conoció los muchos trabajos que le amenazaban. No por eso se acobardó, antes se animó mas su ardiente y generoso zelo. Restituido á su iglesia, se aplicó enteramente á la reforma de las costumbres y al alivio de los pobres, produciendo todo su efecto así las crecidas limosnas que hizo, como los grandes ejemplos que dió, y acreditando con nueva esperiencia que nada puede resistirse al zelo y á la virtud de un obispo santo.

Noticioso Anselmo de lo irritado que estaba contra él el ánimo del rey, juzgó que su ausencia podría conducir para templarle. Pasó á la corte, y pidió licencia á aquel monarca para ir á recibir el palio de mano del papa Urbano II. Lo mismo fué oír esto el rey, que arrebatarse de cólera, y encendido en ella declaró que durante el cisma no quería se reconociese en Inglaterra á otro papa que al que él mismo reconociese. Conformóse cobardemente con la voluntad del rey la junta del clero convocada en Rochingham, en la cual presidia nuestro Anselmo. Pero éste tomó á su cargo descubiertamente y con el mayor empeño la defensa del papa Urbano. Representó que había aceptado el arzobispado con la precisa condición de reconocerle; mas no fué oído, porque la adulación, la política y el interés abrazaron el partido del antipapa, y declarados los prelados por el cisma, después de cargar de injurias á Anselmo, protestaron no reconocerle ya por primado.

No es fácil explicar lo mucho que padeció el santo arzobispo. El cortesano que le insultaba mas, ese hacia mejor la corte al rey, y alegaba por mérito el insulto. Quitáronle los criados que eran de su mayor confianza; desterraron á sus mejores amigos; estudiaron todos los modos y arbitrios de desazonarle; pero la ansia que tenía de ser humillado y de padecer, le preservó aun de la menor impaciencia. Embargáronle sus rentas, persiguiéronle, despreciáronle, maltratáronle; pero tan invencible fué su heroico sufrimiento como su heroica fe. En fin, reconciliado el rey con el papa Urbano, después de haberse separado del cisma, no dejó piedra por mover para interesar al pontífice en su pasión, insistiendo con él en que depusiese á Anselmo; pero solo consiguió que el papa le estimase mas, enviándole el palio, y declarándose protector y defensor suyo en todas ocasiones.

No podía durar mucho tiempo la paz entre la avaricia del rey, que quería absolutamente sorberse todas las rentas de la iglesia de Cantorbery, y la delicada conciencia del Santo que no podía permitirlo. Pero juzgó que debía prevenir la tempestad, y se retiró á Francia con ánimo de pasar á Roma. Vióse precisado á detenerse en Leon para descansar y reponerse de lo mucho que le habían debilitado las fatigas del viaje, juntas con sus escesivas penitencias. Desde allí escribió al papa, representándole la repugnancia con que había aceptado el arzobispado, y suplicándole se sirviese exonerarle de él, sin obligarle á pasar los Alpes; mas su Santidad, lejos de dar oídos á sus instancias, le ordenó que se llegase á Roma, donde le recibió con la mayor ternura, y con toda la distinción que se merecía uno de los mas sabios y mas santos prelados de la Iglesia. Mandó que le pusiesen

cuarto en su mismo palacio de S. Juan de Letran, y con la presencia de Anselmo creció el grande concepto que ya tenia de su santidad. Instruido el papa de lo mucho que habia padecido por defender los derechos de la Iglesia, admiró su paciencia, y mucho mas la moderacion con que se quejaba del rey; pero haciéndosele mas insufribles las honras con que le distinguian en Roma que los malos tratamientos que habia recibido en Inglaterra, suplicó á su Santidad le diese licencia para retirarse á Telesio, ciudad del reino de Nápoles, en la abadia de S. Salvador, cuyo abad habia sido discípulo suyo en la de Bec.

En el retiro de la soledad se le renovó el tedio con que miraba el obispado, y así hizo nuevas instancias al papa para que le permitiese renunciarle; pero tan sin fruto como las antecedentes. Estando en aquel santo retiro, tuvo orden de pasar á Bari para asistir al concilio que se celebraba en aquella ciudad. Dejóse ver y oír con general estimacion, y habló con tanta energia y con tanta elocuencia contra el error de los griegos, probando con tanta solidez el dogma de la Iglesia sobre el modo con que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, que así el papa como el concilio exclamó que el mismo Espíritu Santo habia hablado por la boca de Anselmo. Como fué tan elevado el concepto que formaron todos de las prendas de aquel hombre verdaderamente grande, quisieron los padres instruirse á fondo de los motivos que habia para perseguir á un hombre como él; conocieron toda su iniquidad y toda su malicia; y ya estaba el papa resuelto á fulminar escomunion contra el rey de Inglaterra, cuando fueron tantos los ruegos y aun las lágrimas de nuestro Santo, que estorbó con ellas el que se pasase á este extremo.

Concluido el concilio, volvió á Roma en compañía del papa, y asistió á otro concilio que se celebró en aquella ciudad, donde le oyeron con la misma veneracion que en el de Bari. Pero las estraordinarias honras que le tributaban en Italia le obligaron á buscar en Francia un asilo que fuese como defensivo de su profunda humildad. Consiguió finalmente licencia para volver á pasar los Alpes; y Hugo, arzobispo de Leon, le recibió con especial alegria. Pero no pudo detenerse mucho en aquel reino por la funesta muerte del rey Guillelmo, que sucedió el año de 1100, porque su sucesor Enrique II le llamó á Inglaterra, donde no le dejó vivir mas en paz que su predecesor. Suspendió, por decirlo así, la nueva persecucion el papa Pascasio II., sucesor de Urbano, y Anselmo se aprovechó de esta especie de treguas para dedicarse á la reformation de las costumbres. Celebró en

Londres un concilio nacional en que restableció la disciplina eclesiástica, restituyéndola á su primitivo vigor; instruyó al pueblo con sus palabras y escritos, pero mucho mas con sus ejemplos.

Habiéndose renovado entre el arzobispo y el rey la antigua diferencia sobre las investiduras, se vió precisado á emprender segundo viaje á Roma, donde el papa Pascasio escedió á su predecesor en las honras que hizo á nuestro Santo. Informado el rey de la general aprobacion que habia merecido la conducta de Anselmo en aquella corte, le prohibió que volviese á Inglaterra; y obedeciendo el arzobispo, escogió por lugar de su destierro á Leon de Francia, donde pasó diez y seis meses dedicado enteramente á los mas fervorosos ejercicios de devocion y de virtud.

Pero Adela, hermana del rey, que profesaba singular veneracion á nuestro Santo, no pudo permitir que estuviese mas tiempo en su destierro. Toda la Inglaterra clamaba por su primado, y la iglesia de Cantorbéry por su arzobispo y por su apóstol. Hizole la condesa pasar á Normandía, donde le restituyó á la gracia del rey, el cual, depuestas sus falsas preocupaciones, reconoció la virtud del arzobispo, que acreditaba Dios cada dia con grandes milagros. Recibióle con respeto, abrazóle con ternura, y le volvió á colocar en la pacifica posesion de todos sus derechos.

No gozó Anselmo largo tiempo de esta tranquilidad, porque acometido de una prolija y molesta enfermedad, se detuvo en la abadia de Bec, y no pudo restituirse á su iglesia hasta el año de 1107. Fué recibido en ella con la pompa que inspira á los pueblos el respeto y la ternura que profesan á la santidad; y no estuvo ocioso en aquella calma, porque se aplicó el vigilante pastor á apacentar á sus ovejas con el mas zeloso desvelo.

Causa verdaderamente admiracion como este gran Santo, en medio de una salud tan débil y tan quebrantada con sus escensivas penitencias, con tantas y tan molestas persecuciones, con tantos trabajos y fatigas, pudo encontrar tiempo para enriquecer la Iglesia de Dios con tan prodigioso número de obras escelentes, en las cuales no se sabe qué debe admirarse mas, si su profunda erudicion y sabiduria, ó su tierna y fervorosa piedad. Son pocos los doctores de la Iglesia que han tratado los dogmas mas elevados y las cuestiones mas espinosas y sutiles con tanta precision y con tanta solidez como este hombre verdaderamente grande. A él le debe la teología escolástica su método, y la mística ó ascética sus progresos.

Aunque en todos sus escritos se deja reconocer la ternura de su devocion, en ninguno brilla mas, ni se derrama con mayor abundancia, que en sus meditaciones sobre la pasion de Cristo, y siempre que trata de las excelencias de la Virgen. La devocion á la Madre de Dios nació con él, y creció al paso de sus años. Fué uno de los primeros doctores de la Iglesia que hablaron con mayor énfasis y con mayor energía de su inmaculada Concepcion; y no podia reprimir las lágrimas en el altar, ni cuando oia hablar de los privilegios y del poder de la Santísima Virgen.

Habia tres años que Anselmo gobernaba en paz su iglesia de Cantorbery, acabando de consumir las pocas fuerzas que le restaban en las penosas tareas de su pastoral ministerio, cuando reconoció que se acercaba su fin. Dobló visiblemente los ardientes esfuerzos de su fervor; y como su gran debilidad no le permitiese celebrar todos los dias el santo sacrificio de la misa, se hacia llevar á la iglesia para asistir á él. Finalmente, el miércoles santo del año de 1109, que cayó en 21 de abril, estando tendido sobre la ceniza, y cubierto con un áspero silicio mientras le leian la pasion del Señor, rindió en sus manos dulcísimamente aquel bienaventurado espíritu á los diez y seis años de arzobispo, y á los setenta y seis de su vida.

Los muchos milagros que hizo Anselmo en vida, y los que obró Dios en su sepulcro despues de muerto, le hicieron célebre y glorioso. Consérvanse sus reliquias en diversas iglesias, como en Colonia, Praga y Bolonia; en Italia y en Amberes están espuestas á la pública veneracion. La Iglesia le venera como á uno de sus ilustres doctores, y en sus escritos dejó eternos monumentos de su ingenio, de su piedad y de su sabiduría.

La Misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue:

O Dios, que hiciste al bien- por intercesor en el cielo, al
aventurado Anselmo ministro que tuvimos por maestro y por
de la eterna salvacion de tu doctor de la tierra. Por nues-
pueblo; suplicámoste nos con- tro Señor Jesucristo, etc.
cedas que merezcamos tener

La Epístola es del cap. 4 de la segunda del apóstol S. Pablo á Timoteo, y la misma que el día iv, pág. 65.

REFLEXIONES.

Veniet enim tempus, cum sanam doctrinam non sustinebunt.

Vendrá tiempo en que no podrán sufrir la doctrina sana. Pregunto: ¿y no ha llegado ya este desgraciado tiempo? ¿qué caso se hace hoy de la doctrina de Jesucristo? ¿qué respeto se profesa á sus mandamientos? ¿qué rendimiento á su voluntad? ¿qué sumision humilde á las decisiones de la Iglesia?

Erigese el dia de hoy por autoridad propia el espíritu del mundo en tribunal supremo, al cual pretende que deben estar sujetas las mas sagradas máximas del Evangelio, las mas respetables verdades de la religion, y hasta la doctrina del mismo Jesucristo. Todo se examina, todo se proscribese, todo se condena segun el capricho, segun las débiles ideas del entendimiento humano. Preténdese que un entendimiento de tan limitados alcances, que no puede penetrar las verdaderas causas de los efectos naturales mas comunes, que ignora lo mismo que palpa y ve, que no descubre la formacion maravillosa de una hormiga, ni las propiedades de la hojita de un árbol; preténdese, digo, que este limitadísimo entendimiento, medio sepultado dentro de la carne, y esclavo siempre de sus pasiones en el mundo, ha de ser juez supremo en materia de dogma y de doctrina. Todo lo que no es conforme á la estravagancia de su juicio y de sus inclinaciones, se reprueba; todo lo que es contrario al error de los sentidos, se proscribese. Si la razon no puede juzgar en punto de doctrina, entra siempre á ser sustituta y lugarteniente la pasion. Por aqui podremos conocer la rectitud y la justicia de sus decisiones. La fe sigue ordinariamente la fortuna del moral; por donde va éste, va regularmente aquélla. Luego que la pasion se apodera del tribunal de la religion, y quiere presidir en él, rompe los diques el error, y todo lo inunda; entonces todo es descamino, todo ilusion, todo orgullo, todo obstinacion. Presto ciega del todo el que ni ve, ni quiere ver sino con la luz medio apagada de su propio entendimiento. Este es el destino de los que no pueden tolerar la sana doctrina; ni los sentidos ni el amor propio se acomodan con ella: vencerse, violentarse, mortificarse, es una doctrina incómoda; pero al fin esta es la doctrina sana, porque es la del Evangelio. Mas el amor propio busca otros maestros que le enseñen al gusto de sus deseos.

Cien veces se ha dicho, y siempre será verdad el decirlo, que el entendimiento es muy de ordinario el juguete de la voluntad. ¿De dónde nace, si no, ese espíritu de error y partidario? ¿de dónde esa obstinada eleccion en seguir senderos singulares que desvian del camino real? ¿de dónde el fogoso empeño en sustentar y en defender los descaminos? La moral del Evangelio y la doctrina sana estrechan demasiado, y el amor propio quiere vi-

vir á sus anchuras. ¿Pues qué se hace para evitar los remordimientos importunos, y para acallar una conciencia que asusta y desasosiega? Pátese la diferencia: al amor propio, al corazón y á las pasiones se las confirma en todos sus derechos, y al entendimiento se le deja todo lo que oprime, todo lo que espanta, y aun todo lo que desespera. De aquí proviene que personas por otra parte de unas costumbres estragadísimas, de una conducta, ó de una vida que es una disolución, tienen unos principios de moral sumamente estrechos, unos dogmas escesivamente severos. No hay hereje, y por lo comun hay pocos libertinos que no hagan estas partijas. Cuando la verdad turba nuestra delicadeza, cuando asusta á la conciencia, cuando declara la guerra á la pasión, *à veritate auditum avertent*, vuélvese la cabeza á otro lado, ó se tapan los oídos por no escuchar lo que dice. ¿Pero qué se adelanta con este grosero artificio? descaminarse sin remordimiento, y perderse con seguridad.

El Evangelio es del cap. 5 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á vuestro Padre que está en los cielos. Vosotros sois la sal de la tierra; y si la sal se deshace, ¿con qué se salará? Para nada tiene ya virtud, sino para ser arrojada fuera, y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo; no puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte. Ni encienden una vela, y la ponen debajo del celemín, sino sobre el candelero, para que alumbré á todos los que están en casa. Resplandezca, pues, así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á

vuestro Padre que está en los cielos. No juzgueis que he venido á violar la ley, ó los profetas: no vine á violarla, sino á cumplirla. Porque os digo en verdad, que hasta que pase el cielo y la tierra, ni una jota, ni una tilde faltarán de la ley, sin que se cumpla todo. Cualquiera, pues, que quebrante alguno de estos pequeños mandamientos, y enseñare así á los hombres, será reputado el menor en el reino de los cielos; mas el que los cumpliere y enseñare, será llamado grande en el reino de los cielos.

MEDITACION.

De la conversion verdadera.

PUNTO PRIMERO. — Considera que no hay cosa mas ordinaria

que conversiones aparentes, y acaso tampoco la hay mas rara que una conversion verdadera. Gran prueba son de esta verdad las frecuentes recaídas. Conoce uno que es pecador, confiesa su iniquidad, acúsase de sus culpas; ¿pero detesta intimamente sus pecados? El espíritu está humillado; ¿pero está igualmente contrito el corazón?

Si consistiera la verdadera conversion en declarar sus maldades, en reconocer sus desaciertos y en sentir alguna displicencia, algun dolor de sus faltas, muchos estarian convertidos; pero en medio de todo esto mueren impenitentes. Judas reconoció y confesó su pecado; Antíoco lloró los suyos, y ni uno ni otro se convirtieron. Los mas se confiesan en las principales fiestas; ¿pero cuántos se convierten en ellas?

Es necesaria la conversion del espíritu, es indispensable la conversion del corazón; sin esto no hay conversion verdadera. Es menester mudar totalmente de ideas, de principios y de motivos. Hallabas antes razones de equidad, de necesidad, de congruencia para estos contratos usurarios, para esa vida poco cristiana, para esas frívolas dispensaciones; ¿te has convertido de veras? pues ya es preciso pensar todo lo contrario. Parecían difíciles y aun impracticables los mandamientos de la ley de Dios; no consultabas mas que á tu pasión, á tu inclinación, á tu amor propio. ¿Estás verdaderamente convertido? pues deshicieron esos encantos, y esos atractivos se desvanecieron. Ya no solo te parece posible, sino justa, dulce, fácil la ley santa de Dios; ya no sigues tu inclinación, y el Evangelio es la única regla de tu vida; ya te parecen falsas y aparentes las brillantes del mundo, sus placeres amargos, sus diversiones insulsas, sus halagos insípidos. Ya apenas aciertas á concebir como un hombre de razon puede ser libertino, como un corazón criado para el verdadero bien puede hallar gusto en lo que es veneno y ponzoña. Siéntese una especie de indignación contra su propia brutalidad. ¿Es posible que siendo yo cristiano pude ser vicioso! ¿es posible que creyendo unas verdades tan terribles como las que creo pude vivir tan descaminado! ¿es posible que esperimentando en mí mismo la vanidad, la nada y aun la amargura de estos falsos deleites, hice de ellos mi ídolo! Estos son los ordinarios efectos de una verdadera conversion; ¿tiene la mia estas señales?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que aunque la verdadera conversion consiste principalmente en el corazón y en el espíritu, no por eso deja de ser muy visible. El aire, los modales, la con-